

La obra de Leo Strauss y su crítica de la Modernidad*

The Work of Leo Strauss
and his Criticism of Modernity

* Este trabajo se enmarca dentro de la investigación que la autora realizó para la obtención del título de Maestría en Estudios Políticos en la Universidad Pontificia Bolivariana.

Recibido:
22 de febrero de 2012
Aprobado:
18 de abril de 2012

MARÍA PAULA LONDOÑO SÁNCHEZ

Magíster en Estudios Políticos de la Universidad Pontificia Bolivariana. Actualmente se desempeña como integrante de la Fundación Don Teo. Medellín-Colombia. Correo electrónico: paulalondono@yahoo.com



Resumen

La obra de Leo Strauss es un todo determinado por el uso del *arte de escribir entre líneas* y por la interconexión de sus temas fundamentales: la filosofía, la política y la fe. Así, la genuina comprensión de cualquiera de sus partes exige el estudio al menos de una buena porción de la obra total, pues cada parte adquiere su significación completa gracias a su lugar y función dentro del todo. La propuesta hermenéutica de Leo Strauss o *arte de escribir entre líneas* fue el medio propicio para identificar la unidad orgánica de su obra y sus temas fundamentales, sus interrelaciones y la mejor manera de estudiarla. Los objetivos de esta investigación son indicar la unicidad de la obra straussiana y, con ello, demostrar al lector la necesidad de abarcar una buena parte del *corpus* de esa obra para acercarse a su comprensión. Mostrar los principales temas de la obra y su concatenación; señalar cuál es el corazón o el pilar central de la producción intelectual de Leo Strauss. Por último, destacar la pertinencia y fecundidad de la crítica straussiana de la modernidad para la mejor comprensión y acción sobre los problemas sociales y políticos contemporáneos. Entre los hallazgos primordiales de este trabajo se encuentran la posibilidad de pensar el mundo contemporáneo desde la perspectiva del pensamiento clásico con unos resultados más que fecundos; revitalizar las ciencias sociales contemporáneas a través de su entronque con la filosofía y vislumbrar un pensamiento que abarca la fe, la filosofía y la política. Las conclusiones apuntan a la relevancia que Leo Strauss concedió al pensamiento, entendido como el elemento determinante de los rumbos de las sociedades; al carácter múltiple de las unidades subyacentes en la obra straussiana y a la importancia de la orientación filosófica para percibir e interpretar la vida humana.

Palabras clave:

Filosofía política, teoría política, Leo Strauss, ciencia política, filosofía moderna.

Abstract

The work of Leo Strauss is a whole determined by using *the art of writing between the lines* and the interconnection of its central topics: philosophy, politics and faith. Thus, the genuine understanding of any of the parts of the whole work requires at least the study of a good portion of the total work, as each part acquires its full significance by its place and function within the whole. Leo Strauss' hermeneutical proposal or *art of writing between the lines* was the enabling element to identify the organic unity of his work, the key issues within it, their interrelationships and best way of studying it. The paper aims to indicate the oneness of the Straussian work and, thereby, show to the reader the need to cover a good part of the *corpus* of his work in order to approach an understanding. Also, it aims to indicate the main topics of Strauss' work and their



concatenation and to point out the core of the intellectual production of Leo Strauss. Finally, it aims to highlight the relevance and fecundity of the Straussian criticism of modernity for a better understanding and application of this particular work on contemporary social and political problems. Among the primary findings of this research we include the possibility of thinking the contemporary world from the perspective of classical thought, revitalizing contemporary social sciences through a joint work with philosophy and visualizing a thought that embraces faith, philosophy and politics. Our findings point to the relevance that Leo Strauss provided to thought, understood as the determinant element of the course of societies. They also point to the character of multiplicity on the underlying unities in the Straussian work and the importance of a philosophical orientation to grasp and understand human life.

Key words:

Political philosophy, political theory, Leo Strauss, political science, modern philosophy.

Introducción: La obra de Leo Strauss y el arte de escribir entre líneas

La afirmación de la necesidad de estudiar una buena porción de la obra del filósofo político Leo Strauss para llegar a la verdadera comprensión de cada una de sus partes, se apoya en la propuesta hermenéutica del autor: el *arte de escribir entre líneas*, un arte usado por los verdaderos filósofos de todos los tiempos.

El arte de escribir entre líneas es más que una herramienta interpretativa, se sustenta en una determinada concepción de la filosofía, la naturaleza humana y la sociedad. Para Strauss y sus predecesores, la filosofía es la búsqueda de *la* verdad, una verdad que es inmutable, transhistórica y atemporal. Dicha búsqueda compromete la vida total del filósofo como una forma de vida y de autoconocimiento. Es una indagación que va más allá de lo transmisible por medio de palabras, un proceso personal ligado a un estatuto moral del aspirante a filósofo: es amor y tendencia natural al bien y a la justicia, además de prudencia y cautela. La escritura entre líneas es la forma idónea en que el filósofo presenta su propia búsqueda de *la* verdad, al mismo tiempo que la oculta a los lectores distraídos, de tal suerte que el lector filosófico pueda recibir una guía viva en la búsqueda del conocimiento de la totalidad, en vez de un conocimiento petrificado; es la manera de garantizar que no se le dará al lector filosófico un conocimiento prematuro, sino que se preservará su particular y único camino hacia *la* verdad.

La concepción de la naturaleza humana según la cual es necesaria la escritura entre líneas afirma que la mayoría de los hombres no tienen por naturaleza la capacidad de desarrollar un pensamiento independiente, pues necesitan adherirse a las opiniones aceptadas, mientras solo una minoría privilegiada, los hombres de pensamiento filosófico, son capaces de afrontar verdades difíciles de aceptar para el ser humano. Esta diferencia entre los hombres se traduce a su vez en la desarmonía natural entre la sociedad y la filosofía: la sociedad se fundamenta en normas y leyes para procurar la convivencia armónica, y tales reglas pueden no estar fundamentadas en la verdad y la justicia; la filosofía por su parte busca intransigentemente *la* verdad. Debido a esta oposición, la sociedad ha perseguido a los filósofos y como reacción a tal persecución, nació la escritura entre líneas.

El verdadero filósofo, por lo tanto, debe saber ocultar *la* verdad a través de textos esótericos-exotéricos, es decir, aquellos que presentan una enseñanza moralmente provechosa para la mayoría al mismo tiempo que, ocultándola, presentan *la* verdad para una minoría, evitando que algún hombre moralmente inferior re-

ciba un conocimiento elevado con el cual podría no ser capaz de lidiar sin hacerse daño a sí mismo y a otros.

Ahora bien, ¿por qué el uso del *arte de escribir entre líneas* supone el estudio de la mayor parte de la obra straussiana? En primera instancia, es necesario señalar que la escritura entre líneas imita las virtudes de la palabra hablada y, con ello, revela la cuna oral de la palabra escrita, la tradición según la cual el buen escrito tiene por modelo la buena conversación; de modo que un texto esotérico-exotérico es el que es capaz de reproducir las virtudes de un diálogo vivo: habla cuando debe y a quien debe hablar y calla cuando debe y frente a quien debe callar. Todos y cada uno de los libros de Leo Strauss componen un largo y complejo diálogo con muchos interlocutores. Cada texto y cada tema es un momento en la conversación, es un cambio de interlocutor y de contexto. Un mismo tema puede ser tratado de maneras aparentemente contradictorias en diversos escritos, por lo que se hace necesario comprender en cada caso a qué tipo de interlocutor se dirige el hablante y en qué circunstancias. Por lo tanto, un determinado tema no puede ser comprendido en uno solo de sus textos, sino que es necesario ubicarlo en su contexto inmediato y contrastarlo con los otros textos donde aparece; es necesario, asimismo, entender cómo se interrelaciona ese tema con los otros. De allí que la lectura de un ensayo o un libro de la obra de Leo Strauss, sea insuficiente para comprender dicho texto en particular. Su obra es un todo orgánico al cual es necesario remitirse para entender el significado de las partes. El mejor ejemplo es quizás la interpretación de la obra de Platón en *La ciudad y el hombre*.

Por añadidura, es propicio que el posible lector de Strauss sepa de las dificultades que cualquier estudioso suyo medianamente atento deberá afrontar: contradicciones, aparente confusión en la estructura de las obras, uso constante de expresiones que dejan en la indefinición el verdadero pensamiento del autor, ausencia de citas textuales o confusión entre sus palabras y las de los autores que trabaja. No es conveniente que el lector atribuya tales problemas a un pensamiento mal elaborado por parte del autor sino más bien que indague y trabaje con suma atención, escribiendo para sintetizar y reorganizar ideas, poniendo gran cuidado a los pequeños detalles, a las frases complementarias, a enunciados aparentemente irrelevantes y a simples palabras cuyo sentido puede cambiar debido al contexto inmediato en el que se insertan.

Cuando después de una o dos lecturas el lector crea que ha comprendido totalmente, es posible que esté más extraviado que nunca. El principal requerimiento para el estudio de la filosofía, tal y como Strauss la entiende, es percibir la propia ignorancia; así que si en un principio el lector se siente desconcertado y desubicado, tiene ya un buen punto de partida: distingue su ignorancia y em-

pieza, entonces, a desear el conocimiento. De allí que para entender esta escritura sea necesario percibir sus silencios, esto es, la ausencia de temas que deberían estar presentes, los cambios de nivel en el texto que no son señalados de manera explícita, los cortes abruptos en la argumentación que dejan en el aire ciertas preguntas o información implícita que enmarca, matiza y modifica el texto. En lo fundamental los silencios crean en el lector la conciencia de su ignorancia y, con ello, el deseo y la necesidad de conocer.

El pensamiento y la obra de Leo Strauss deben estudiarse siguiendo el principio hermenéutico que él mismo aplicó a los autores que estudió. Este principio supone tratar de entender el pensamiento de dichos autores tal y como ellos mismos lo entendieron. Esto significa tomar en serio su pretensión de verdad y para el lector contemporáneo corriente, volver a creer en la posibilidad de *la* verdad. Para el autor un texto debe estudiarse por sí mismo y solo cuando ya no se pueda avanzar más en la interpretación, recurrir a fuentes externas al libro. En otras palabras, el lector debe primero interpretar, tratar de entender qué dijo el autor, explícita o implícitamente, para luego pasar a la explicación, es decir, a la verificación de las implicaciones de los enunciados del autor de las que él mismo no fue consciente. De este mismo modo debe estudiarse a Leo Strauss. Esta cuestión hermenéutica es tratada de un modo directo, detallado y amplio en su libro *La persecución y el arte de escribir* (2009).

El pensamiento clásico: política y filosofía

Desde esta postura hermenéutica, Strauss indica lo que él mismo realizó: que es posible liberarse de los condicionamientos del contexto histórico. Strauss desarrolla todo un trabajo de historia de la filosofía política desestructurando el pensamiento moderno, sus orígenes, su evolución y sus opciones. Al evidenciar todo el entramado que constituye el pensamiento moderno, adopta una perspectiva que le permite separarse de éste, de sus supuestos y predilecciones, para optar por el espíritu propio del pensamiento clásico, a través de cuya lente observa y critica el pensamiento moderno y el mundo contemporáneo. La opción del pensamiento clásico es a la vez la elección de un pensamiento unitario por oposición al pensamiento fragmentario de lo social predominante en la contemporaneidad.

Tal unidad es expuesta por Strauss a través de la historia política, la filosofía política y la ciencia política clásicas. Cada una de estas formas de pensamiento es unitaria en tanto permanecen ligadas de un modo consciente y dinámico, a la

filosofía y la sociedad a la cual pertenecen. Así, la filosofía y la política pueden calificarse como dos de los temas fundamentales en la obra de Leo Strauss, donde convergen un sinnúmero de cuestiones.

En cuanto a la historia política, Strauss retoma a Tucídides. Su historia política se diferencia de la moderna, cuya raíz se halla en Jenofonte, por tres razones: porque muestra lo permanente y universal de la vida política a través de acontecimientos particulares, porque subsume lo económico, cultural, social e intelectual en la «sabiduría» que no puede ser narrada, solo practicada, y porque edita los discursos pronunciados durante la guerra según las reglas de la retórica, otorgándoles veracidad al integrarlos en su propio discurso, en un todo, basado en el mayor conocimiento político (Strauss, 2006; 2007b). De este modo, en Tucídides estudia lo universal o filosófico por medio de lo particular o histórico, consiguiendo así la unidad entre la historia y la filosofía.

En su filosofía política evidencia en varios sentidos la unidad de la filosofía y la política. Los distintos tipos de unidad se revelan a través de las definiciones de la filosofía política. Esta puede entenderse como la extensión del método filosófico al campo de lo político, como la búsqueda del mejor régimen, del orden justo y bueno. También como la introducción política a la filosofía, o la defensa de la filosofía frente a la comunidad política, respondiendo a la pregunta ¿por qué o para qué la filosofía? Ascende hasta el cuestionamiento por la virtud para luego regresar al mundo político del que partió. La filosofía política es también el resultado del intento de la filosofía de comprenderse a sí misma, de autoconocerse a través de lo político, fundamentada en el reconocimiento de que lo político es un microcosmos que, como tal, revela la clave del cosmos.

La ciencia política clásica, por su parte, no se escinde de la sociedad en la cual surge y se desarrolla. Esta unidad es posible gracias a sus orígenes y objetivos. En el principio, la ciencia política clásica era la aptitud necesaria en un hombre para conducir bien los asuntos de una comunidad política, era sinónimo del “arte, la prudencia, la sabiduría práctica, la comprensión específica que posee el estadista o el político de excelencia” (Strauss, 2007b, pp. 110-111). Sostiene que, según Aristóteles, los sofistas convirtieron la retórica en una disciplina, en la ciencia política transmisible, mientras hicieron a un lado su aspecto práctico. Ante este hecho, los filósofos políticos, que veían en la retórica un mero instrumento, elevaron la ciencia política en conjunto a la categoría de disciplina.

Su fundador, Aristóteles, pasó de la ciencia política del estadista de excelencia, ocupado de los casos individuales, a la ciencia política como el conocimiento po-

lítico “arquitectónico”, propio del hombre más encumbrado en la vida política: el legislador, encargado de producir las leyes e instituciones permanentes como marco en el que operan los decretos y las órdenes que pondrá en funcionamiento el hombre de sabiduría práctica. De este modo, la ciencia política nunca se separó de la sociedad y sus necesidades y fines, ni tampoco de la filosofía, puesto que la ciencia política aristotélica apuntaba precisamente hacia ella.

Así pues, la unidad del pensamiento clásico se fundamentaba en dos elementos primordiales: la filosofía y la política, que procuraban su unidad por el hecho de que constitutivamente tenían un carácter integrador. Strauss retoma la vida política del pensamiento clásico porque es el punto de encuentro de las más importantes dualidades humanas: el bien y el mal, la injusticia y la justicia, lo privado y lo público, el conocimiento y la ignorancia, la razón y la pasión.

Aquí la política se entiende como un todo con unos límites inferiores y superiores, correspondientes al derecho natural inferior y al derecho natural superior, que son los mínimos básicos para la fundación y conservación de cualquier sociedad -aún cuando ésta sea injusta-, y los límites máximos a los cuales cualquier ciudad debe aspirar. Asimismo, requiere tanto de una abstracción o idea que legitime la existencia de la comunidad política en la mente de sus miembros, como de su concreción a través de un régimen político determinado. Comprende lo privado y lo público y demanda un esfuerzo constante para mantener esos dos ámbitos en equilibrio. Y está gobernada tanto por la razón como por la pasión: la ley refleja la razón que debe moderar la pasión.

En su concepción de política, el derecho natural es la forma en que la filosofía aborda el problema de qué es la política y qué es el hombre; el derecho natural equivale a la justicia natural. Por lo tanto, la pregunta por la política, el hombre y la justicia es la misma. La filosofía política pregunta si la justicia es o no natural, si existe un derecho natural, una justicia acorde con la naturaleza humana. Y para Strauss tanto la naturaleza humana como la política son duales, están constituidas por opuestos. La vida política no puede ser dominada por la sola bondad o la razón, ni tampoco por la maldad o la irracionalidad. En esa medida, la justicia debe mediar entre los constantes opuestos y no puede aspirar a eliminar la maldad, tan solo puede ofrecer un equilibrio: la justicia siempre estará acompañada de la injusticia.

La filosofía, por su parte, era concebida principalmente como un modo de vida, una acción constante e inacabable que debía iniciarse y continuar guiándose por las preguntas, más que por las respuestas. Su base era la conciencia del individuo acerca de su propia ignorancia. Siendo, entonces, un modo de vida, su defi-

nición implícita aparece para Strauss ligada a la figura del filósofo por excelencia, es decir, Sócrates. De allí que su vida, la que narraron Platón y Jenofonte, sea el parámetro de la filosofía. En este aspecto se distancia del pensamiento moderno, para el cual solo es legítimo ahondar en el pensador como pensador, mientras se deja su vida en el ámbito privado. Pero la filosofía no puede comprenderse en su totalidad y complejidad sin apelar al filósofo como aquel cuya vida entera está impregnada y dirigida por aquella.

La filosofía es búsqueda y no posesión de la verdad. Es deseo y movimiento constante, persecución de señales; por eso sus respuestas son siempre problemáticas y eventuales. El filósofo socrático sabe que no sabe nada, puede tener muchos conocimientos pero le falta el saber de lo más importante. Lo único que realmente conoce es cuáles son los problemas verdaderamente importantes, aún cuando no pueda encontrarles solución definitiva; y comprende que lo fundamental para él es buscar ese conocimiento que le falta: el conocimiento de *la* verdad, de la totalidad. Es indispensable tener en cuenta para tal entendimiento que los problemas de la filosofía son para Strauss transhistóricos. Él no cree, como en la contemporaneidad, que todo esté determinado por el contexto histórico.

Para Strauss, el hombre está abierto al todo por naturaleza y, por ende, puede intentar conocerlo. Esa apertura o conexión con la totalidad, sumada al amor natural del filósofo por *la* verdad, es lo que origina e impulsa la búsqueda del conocimiento de la totalidad. Su condición humana lleva al filósofo inevitablemente a sentirse atraído por los hombres, pero como su amor a *la* verdad lo hace interesarse más por las ideas que por los hombres concretos, entre éstos prefiere a aquellos cuyas almas se acercan más a la verdad, al orden del cosmos, es decir, los seres buenos, justos y bellos en sentido superior. De allí que la relación humana propia del filósofo es la amistad. Merced a ella se place en el compartir opiniones y en educar a las almas propensas a la filosofía.

De este modo, en el pensamiento clásico la política es una unidad que abarca tanto lo más alto como lo más bajo de la vida humana: la pasión y la razón. Por su lado, la filosofía es una unidad que parte de la sociedad, se eleva hasta la individualidad más alta y regresa a la sociedad. Ambas reconocen los opuestos de la vida humana y actúan según sus reglas. Al establecer el pensamiento clásico como su punto de referencia privilegiado, Strauss construye una obra que es orgánicamente unitaria en tanto sus temas filosóficos y políticos se interrelacionan, reflejan y retroalimentan constantemente; de hecho, no es posible escindir en su pensamiento lo político de lo filosófico con claridad. En consecuencia, en la obra straussiana cada tema es un reflejo de los otros y, en esa medida, no pueden apli-

carse las divisiones convencionales a su trabajo. Es más propicio leer sin prejuicios y dejar las clasificaciones para después.

Atenas y Jerusalén: el corazón de la obra straussiana

El corazón de la obra de Leo Strauss es lo que él mismo denomina “Atenas y Jerusalén”, los dos pilares que conformaron a Occidente: la tradición griega y la tradición bíblica, Razón y Revelación, el problema “teológico-político”. Al hablar de Razón y Revelación pareciera que se excluyera la ley o la política, al hablar de lo teológico-político pareciera que se excluyera la filosofía. Sin embargo, Strauss demuestra que la política, la filosofía y la fe están inextricablemente unidas.

Por ley se refiere a la política, a los regímenes, a las normas que rigen las comunidades. Pero también alude a la Ley dictada por Dios, a la Revelación de Dios a los profetas, al sustento último de las leyes, a su origen divino. Con ello enseña el papel político de la religión y el papel religioso de la política. En tanto la una y la otra usan leyes que buscan unificar, ordenar, guiar y preservar una comunidad, son complementarias o subyace la una en la otra. Sin embargo, la Ley tiene aún otro sentido en el que entra en relación con la filosofía y, a la vez, con el estrato más profundo de la religión. La Ley es el orden del universo, el conjunto de leyes que rigen la naturaleza en general y la naturaleza humana en particular. Los códigos divinos y sus derivados, es decir, los códigos políticos, se asientan en última instancia en la Ley del universo, en un conocimiento profundo del sentido, la estructura, la forma, el origen y el fin del universo y el hombre.

Cuando se habla de Razón y Revelación, en primera instancia se hace referencia a la filosofía y la fe, pero el elemento aparentemente faltante, la política o la ley, subyace en ellas como Ley universal, conocida gracias al pensamiento filosófico y transformada en Ley divina por la religión y, desde allí, en ley política. Por su parte, cuando se habla del problema teológico-político no solo se hace referencia a las enseñanzas políticas fundamentadas en la Ley divina, sino que se señala que el fundamento último de las leyes está en lo divino entendido como ficción humana y a la vez como realidad. En el fondo la cuestión es filosófica: es el filósofo el que percibe la Ley universal y el que entiende la necesidad de la Ley en la vida humana.

La postura declarada de Strauss frente al conflicto entre fe y filosofía es de respeto y asunción de la conciencia de los límites de la razón: la experiencia religiosa, basada

en el temor y el temblor, y en donde el hombre renuncia a la razón porque Dios se vuelve su razón, sus oídos, sus ojos y sus palabras, es asumida con respeto por Strauss. Si el filósofo es verdaderamente filósofo y no conoce esas experiencias por sí mismo no puede refutarlas o negarlas como meros productos de una imaginación desbordada o de una razón desequilibrada. Debe, en ese punto, reconocer sus límites, pues él no renuncia a su razón y, por lo tanto, permanece dentro de sus linderos.

La filosofía admite dejar abierta la pregunta por la trascendencia humana. Además obliga a ubicar el tema político y la crítica straussiana de la modernidad en el lugar y con la dimensión que les corresponde dentro de su obra: son temas urgentes, siempre importantes, pero su significado último está en el corazón de las preguntas fundamentales para el ser humano.

La crítica de la modernidad

Al tener en cuenta que la significación esencial de la crítica de la modernidad en Strauss depende del corazón de su obra, cabe señalar que su cometido último es permitir al lector contemporáneo liberar su mente del miedo a pensar aquello que le ha dado grandeza al ser humano de todos los tiempos. Su objetivo final es que los hombres de hoy no se nieguen a sí mismos la posibilidad de la elevación, la exaltación y la dignidad de un ser humano cuya razón es capaz de sumergirse en los misterios de su corazón.

La crítica straussiana de la modernidad es uno de los focos de la polémica que ha levantado este autor. Tal crítica se aplica perfectamente al mundo contemporáneo ya que su concepción acerca de la modernidad es lo suficientemente amplia como para abarcar los tiempos que corren. En términos generales, la época actual se caracteriza por la tecnología, la pluralidad, el relativismo, la masificación y el individualismo, así como por el rechazo de los absolutismos y dualismos religiosos, políticos y culturales. En la obra de Leo Strauss se perciben las raíces del relativismo en el positivismo científico social, el historicismo y el humanismo relativista. Por su parte, la tecnología, la masificación y el individualismo son entendidos como problemas propios de la democracia moderna.

Etapas y formas del pensamiento moderno

Para Strauss la modernidad fue un proyecto fundado por filósofos y caracterizado por tres olas o etapas, iniciadas por Maquiavelo, Rousseau y Nietzsche (1970).

Cada uno de estos pensadores formuló concepciones del ser humano, de lo divino y la sociedad, que se deslindaron cada vez más del pensamiento clásico. En esa medida, la modernidad ha sido el esfuerzo por refutar ese pensamiento.

La iniciativa maquiaveliana de rechazar el pensamiento clásico se ubicó en un contexto en que la filosofía política clásica había sido “tomada” por el cristianismo: la supervisión eclesiástica había transformado el significado de la virtud y la contemplación, y en nombre de Dios la Inquisición alimentaba sus hogueras. La reacción de Maquiavelo fue considerar que la crueldad reinante en su tiempo era fruto de la imposición de metas demasiado elevadas para el hombre. En consecuencia, renunció a la meta de la virtud individual y social, convirtiendo la virtud en un medio para alcanzar los “verdaderos fines”: el poder, la gloria, la riqueza, la ley y la autonomía. Tal inversión la efectuó basado en la premisa de que el hombre es naturalmente malo, aunque maleable, de modo que un *príncipe* con un gran deseo de gloria puede fundar una sociedad e inculcarle virtud para preservarla y de ese modo perpetuar su gloria. Maquiavelo hizo de la injusticia, la maldad y el egoísmo los fundamentos de la justicia, la bondad y la moralidad.

Para Strauss este pensamiento triunfó a través de la transformación de sus aspectos más controvertidos. Hobbes puso en lugar del crimen y la maldad como origen de la sociedad el elemental y egoísta instinto de conservación. Por su parte, Locke reemplazó las armas por los alimentos como lo más necesario para la conservación del hombre, colocando así el deseo de poseer ilimitadamente en el principio de la sociedad. Estos deseos básicos se transformaron en derechos constitutivos de la sociedad moderna.

La continuidad del proyecto moderno, según Strauss, fue posible gracias a Rousseau. Aunque éste reaccionó a la modernidad volviendo a estilos premodernos de pensamiento, lo que hizo fue dar el primer paso hacia un modernismo más radical, pues en pos del realismo, reemplazó el derecho natural como base de la sociedad por la voluntad general. Rousseau concibió que las leyes primeras no fueron dictadas por la naturaleza sino por el hombre mismo, guiado por su interés de vivir en sociedad.

El estado de naturaleza concebido por Rousseau era el inicio y a la vez el objetivo de la sociedad, el hombre solitario sintiendo la suavidad de la existencia. Pero sentir la existencia es, como indica Strauss, lo que genera el deseo de conservarla y, con ello, la necesidad de entrar en sociedad. Rousseau evidencia una tensión entre el hombre *perfecto* y la sociedad: ¿si la sociedad ideal está formada por hombres solitarios y gozosos de la existencia, es en verdad posible?, ¿cuántos hombres

pueden permanecer en el goce de existir sin experimentar el temor a morir, sin buscar reunirse en sociedad para protegerse?

Este problema es el que acomete Nietzsche. Para él, la armonía entre el individuo y el Estado moderno no era posible y, en oposición a los idealistas alemanes, no consideraba el proceso histórico como racional, ni tampoco los fundamentos del pensamiento y la vida humana, creados por hombres superiores. Tampoco consideraba la naturaleza como bondadosa, creía que la existencia se experimentaba como vacío y sufrimiento y que la trascendencia humana no existía. Solo en el futuro podrían algunos individuos convertirse en verdaderos filósofos y guías de los hombres para crear una nueva sociedad. En varios sentidos Heidegger fue continuador de Nietzsche.

El pensamiento moderno se orienta para Strauss hacia el realismo, la negación de la virtud intrínseca del hombre, la afirmación del egoísmo original, la irracionalidad y la falta de trascendencia humana. Estas características se fueron perfilando a través de la separación entre hechos y valores y entre filosofía y ciencia, para degenerar en el relativismo propio del positivismo científico social, con el que se busca entender el mundo social de acuerdo con los parámetros de las ciencias naturales. En Strauss, el ser humano no puede sustraerse a las valoraciones, de modo que este positivismo se fundamentó en una falacia y generó científicos sociales conformistas y rutinarios, que aceptaron sus valores sin juzgarlos. Posteriormente, el relativismo del positivismo fue enfrentado por el existencialismo que argumentaba que si todo valor y toda cuestión importante eran relativas, lo fundamental en el hombre era un vacío; esto significaba que no había respuestas verdaderas, lo cual resultaba francamente angustiante. El núcleo del existencialismo para Strauss fue el pensamiento de Heidegger, según el cual la historia es irracional y la vida y el pensamiento humano están determinados únicamente por su contexto histórico. A esta postura es a la que Strauss denomina historicismo.

Dicho historicismo fue, según Strauss, la base del pensamiento social contemporáneo, que intentó entender el mundo social histórico comprensivamente, para evitar los peligros de una visión restringida. El historicismo reconoce que toda práctica y teoría están sujetas a valores, de modo que ya no distingue entre hecho y valor y, sin embargo, relativiza los valores al volverlos dependientes de su contexto histórico. El historicista pretende comprender imparcialmente el pensamiento de todas las épocas, pero es incapaz de hacerlo porque supone para todo pensamiento la misma validez. Mientras los filósofos clásicos aseguraron encontrar *la* verdad, válida para todas las épocas, el historicista fundamenta su interpretación en la afirmación de que estaban equivocados, afirmando su superioridad.

Los problemas propios del historicismo son trabajados por el humanismo relativista, equivalente al enfoque cualitativo en las ciencias sociales. Esta perspectiva asume que el mundo social debe estudiarse desde adentro y que el humanista, como cualquier ser humano, hace juicios de valor. Así, es su calidad de ser humano, junto a su imparcialidad científica, lo que llevaría al humanista a comprender realmente los valores de los otros: él puede comprender sin juzgar. Pero Strauss permite ver que el hombre verdaderamente comprometido con sus valores no puede comprender totalmente los de otros, porque la absoluta comprensión supone identificación, aceptación y práctica. El humanismo relativista parte de la idea de que el ser humano puede escindirse entre el hombre activo y el científico: puede comprender objetivamente los valores de otros sin renunciar a los suyos. Para Strauss, semejante escisión es falaz e imposible.

Con el paso del positivismo científico social al existencialismo, de allí al historicismo y de ahí al humanismo relativista, queda expuesto el problema constante al que el pensamiento moderno se ha enfrentado: la negativa a juzgar sobre los valores, ha generado posiciones difíciles de sostener con respecto al carácter de la sociedad y el hombre. La solución ha sido la reactualización del relativismo en diferentes versiones, lo cual ha generado un pensamiento cada vez más alejado de la realidad en que se desenvuelve, o menos capaz de asumir posturas verdaderamente responsables y lúcidas frente al mundo social.

Ciencias sociales

Leo Strauss identifica en las ciencias sociales modernas problemas tales como la creencia tácita en el progreso, creencia que genera la incapacidad de entenderse a sí mismas, pues creen superados muchos de los problemas abordados por los clásicos. Pero esos problemas configuran sus raíces, cuyo desconocimiento les impide entender el sentido original y las transformaciones de los conceptos y de los asuntos que encaran. El pensamiento no es un progreso constante, sino que las cosas más importantes tienen que ser repensadas en todas las épocas.

También llama la atención sobre la relación entre las ciencias sociales, supuestamente neutrales, y la democracia: un pensamiento que considera que todos los valores son iguales, que se puede vivir sin ideología y que puede existir una sociedad racional, fomenta una sociedad democrática y liberal o permisiva. Así, la democracia es tácitamente promovida por la ciencia social y puede volverse, fácilmente, un régimen que asegura su permanencia gracias a la irreflexión.

Esto se hace más claro en la postura straussiana frente a una buena parte de la ciencia política contemporánea, a la que acusa no solo de volverse incapaz de analizar la democracia, sino también de reflejar y hasta reforzar sus tendencias más peligrosas:

Al enseñar, en efecto, la igualdad de literalmente todos los deseos, enseña que no hay nada de lo que un hombre deba avergonzarse; al destruir la posibilidad del deseo de sí, destruye, con la mejor de las intenciones, la posibilidad del respeto de sí. Al enseñar la igualdad de todos los valores, al negar la existencia de cosas que son intrínsecamente elevadas y de otras que son intrínsecamente bajas, así como al negar que exista una diferencia esencial entre los hombres y los brutos, sin ser consciente de ello contribuye a la victoria de la abyección. (Strauss, 2007a, p. 318)

Las recomendaciones de Strauss para las ciencias sociales actuales pueden resumirse así: que sus pensadores regresen al pensamiento del sentido común, a la perspectiva del ciudadano, desde la cual podrían seleccionar los temas de investigación e integrar los resultados de la misma con los objetivos generales de las sociedades. Desde esta perspectiva la matriz de las ciencias sociales no sería un método científico sino el civismo, al que, según Strauss, la ciencia social debe servir e ilustrar, partiendo de él, yendo tal vez más lejos, pero en su misma dirección; hablando el lenguaje del ciudadano y del estadista, atendiendo a sus preocupaciones. En resumen, la ciencia social debe regirse por la ética.

Democracia y educación liberal

En el aspecto político de la modernidad, las críticas de Strauss pueden recogerse en cuatro facetas íntimamente unidas: la tecnología, la democracia, la masificación y la educación. Para los clásicos la política debía limitar los alcances de la tecnología, lo cual implicaba que solo unos pocos pudieran acceder a la riqueza y, por lo tanto, a una buena educación. Por ende, la democracia era considerada un gobierno indeseable, puesto que al ser el gobierno de las mayorías, sería el gobierno de los ignorantes.

Por su parte, el proyecto moderno invirtió esta postura respecto a la democracia, la educación y la tecnología. Cuando la filosofía (aún indistinta de la ciencia) dejó de perseguir el fin más alto para la humanidad, es decir, la felicidad o la virtud, para ir tras el fin más bajo que cualquier ser humano pueda perseguir, en otras palabras, su preservación o su comodidad, surgió la filosofía moderna, cuyo

fin fue aliviar la condición humana. En este contexto surgieron la ilustración y la popularización del conocimiento, puesto que el pueblo necesitaba ser educado para recibir el alivio de la filosofía. A su vez, cuando la ciencia y la filosofía fueron separadas y triunfó una ciencia neutral que negó la posibilidad de juzgar sobre los valores, se abrió el camino para la liberación de la tecnología de todo control político y moral.

Esta popularización del conocimiento fue necesaria para el fortalecimiento de la democracia y fue el origen de la educación de masas, una educación carente de una formación humana, moral e intelectual realmente elevada. Basado en la perspectiva clásica según la cual la meta de la vida humana y social es la virtud, obtenida por medio de la educación, Strauss propone como medio para disminuir los problemas de la democracia moderna, la educación liberal. El concepto de liberalismo no corresponde a la permisividad sino a la liberación de las necesidades inferiores para que el ser humano pueda elegir la virtud por sí misma. En palabras de Strauss (2007a),

El hombre liberal del nivel más alto valora mucho la mente y su excelencia, y es consciente de que el hombre en su máxima expresión es autónomo o no está sujeto a ninguna autoridad, mientras que en todos los demás sentidos está sujeto a la autoridad que, para ser digna de respeto o para ser una autoridad verdadera, debe reflejar aquello que es simplemente lo más elevado a través de un medio que lo atenúa. (pp. 50-51)

Así, la educación liberal es educación filosófica en el sentido clásico, es hacer el intento de crear una conversación entre las mentes más grandes de todos los tiempos. Es educación en la humildad y en la audacia. En la humildad de dejar que las mentes de otros hablen en nosotros, en la modestia de reconocer la grandeza de esas mentes. En la audacia de no dejarse arrastrar por la irreflexión y el ruido, por lo que Leo Strauss llama “la vulgaridad de la Feria de Vanidades de los intelectuales así como de sus enemigos” (2007a, p.21). La educación liberal sería la formación en las expresiones más elevadas de la poesía, la música, la filosofía, la literatura y la historia; y formación también para el buen gobierno, educación política para respetar las leyes pero, más importante aún, para comprender su sentido y ser capaz de formularlas.

Puede pensarse que no es posible ofrecer una educación semejante a todo el mundo, y de hecho Strauss así lo creyó. Por esta razón propone una educación con un fuerte sentido moral para las mayorías, mientras considera la educación liberal como privilegio de algunos pocos, de los futuros gobernantes. Así, la edu-

cación no es un medio para igualar a los seres humanos, ni la igualdad es en sí misma deseable. Para Strauss la humanidad está dividida en dos grupos, una minoría filosófica y la gran mayoría, cuyo pensamiento no es capaz de una libertad verdadera. Esta desigualdad natural es irreversible y ninguna educación puede cambiarla. Pero esta diferencia no se sustenta en las clases sociales, la desigualdad social es convencional: si naces rico puedes acceder a una buena educación y perfeccionar tus virtudes naturales, si naces pobre no podrás hacerlo y tal vez permanecerás en la vulgaridad. Tal vez y solo tal vez, porque hay que recordar que el filósofo no es un hombre de riqueza material.

Para Strauss la igualdad social no es deseable porque no equivale a la elevación general sino a la mediocridad general: para poder dar el mismo tipo de educación a todo el mundo, sería necesario bajar su nivel. De otro lado, aunque reconoce que hay injusticia en el hecho de que llegar a ser gobernante dependa de la fatalidad de haber nacido o no en una familia rica, y que a veces la riqueza tiene su origen en el crimen, propende por pensar en la posibilidad de un origen de la riqueza justo o noble. No puede haber justicia sin injusticia, de modo que aquí elige esta injusticia en pos de una justicia mayor y posible, porque la educación liberal formará verdaderos gobernantes, capaces de elegir la virtud por sí misma, de gobernar con justicia por el bien de la mayoría, de renunciar a su bien privado por el bien común.

Podría decirse, en contra de esta postura, que la tecnología actual permite acabar con la escasez natural y de ese modo ofrecer una educación elevada a todos por igual. Pero una sola mirada al estado del mundo enseña que si bien la tecnología ha podido reducir la escasez natural, esta en realidad ha aumentado para las mayorías, porque la tecnología se ha puesto al servicio del enriquecimiento de unos pocos. De modo que la desigualdad social no solo sigue existiendo sino que el uso incontrolado de la tecnología, que en un principio condujo a reducir la escasez natural, ha llevado actualmente a incrementarla.

En último término, Strauss le apuesta a actualizar una educación verdaderamente liberal para las élites, pues si la eliminación de la desigualdad convencional implica la imposición de la uniformidad y la mediocridad, es mejor asegurar en la medida de lo posible el buen gobierno de las élites, como gobierno de hombres virtuosos que sean capaces de pensar en el bien común más que en su propio interés. Por otra parte, así como el filósofo-maestro de gobernantes no puede ser totalmente comprendido por sus discípulos, pues no tienen la naturaleza para elevarse hasta la filosofía, los gobernantes no pueden ser realmente comprendidos por sus gobernados, porque mientras aquellos eligen la virtud por sí misma, estos

la eligen como medio para obtener riqueza y poder. Así, el gobierno de los nobles refleja el gobierno de los filósofos, y esa es su justificación última.

Estas posturas pueden parecer extremas y antidemocráticas, pero en realidad revelan los problemas que la democracia experimenta debido a sus propios orígenes. Para Strauss solo se puede ayudar a la democracia si en vez de adularla se la analiza y critica buscando entenderla y mejorarla. La causa de los problemas sociales actuales puede atribuirse a cualquier cosa: al neoliberalismo, a la maldad humana, a la corrupción de unos cuantos o de muchos, pero si hay negación para ir hasta el fondo de esos problemas y percibir si están o no originados en la constitución misma de los regímenes democráticos, se seguirá dando vueltas en el mismo círculo u ofreciendo soluciones insuficientes.

Leo Strauss invita a pensar en los problemas fundamentales del ser humano y la sociedad. A comprender la libertad y la igualdad como cuestiones cuyo mejor entendimiento debe surgir de la vida real, a entender el lugar de estas en los regímenes políticos. Y discutirlos no como meras especulaciones teóricas sino como problemas reales, vitales, actuales y permanentes.

Conclusión

La unidad del pensamiento straussiano y su obra está determinada no solo por el uso de la escritura entre líneas y su intencionalidad oral, sino también por el carácter unitario de los temas mismos: la filosofía, la política y la fe constituyen los ejes de su pensamiento pero cada uno está inmerso en los otros, tienen múltiples reflejos y vías comunicativas que hacen de cada tema un nicho donde se perciben todos los demás y viceversa. Así, desde la hermenéutica straussiana hasta la crítica de la modernidad puede percibirse no solo el mismo espíritu y orientación sino también la repetición y profundización de posturas e ideas que repercuten en diversos ámbitos.

Si bien los pilares más evidentes del pensamiento straussiano son la filosofía y la política, libros como *Estudios de filosofía política platónica* revelan que la fe y la religión siempre están subsumidas en aquellos dos pilares, y que las identidades entre fe, razón y ley son más profundas y muchas veces más misteriosas de lo que pueda imaginarse. Desde la filosofía y la política pueden existir caminos para adentrarse en el problema de la trascendencia humana usando tanto las potencias de la razón como del fervor y la pasión.

La crítica de la modernidad evidencia la postura straussiana frente a la naturaleza de la sociedad humana: lo que la mueve y determina es el pensamiento. Por eso los focos de la crítica y de sus propuestas son las ciencias sociales y la educación. Para Strauss todo empieza y termina en el pensamiento, de cuya elevación depende la condición humana.

Su orientación filosófica y sus posturas frente a la naturaleza del conocimiento hacen visible el riesgo contemporáneo de que el ser humano se olvide de lo que significa conocer: si todo conocimiento es recibido casi sin esfuerzo propio, aún las mentes filosóficas se perderán la fundamental experiencia de conocer su ignorancia y, con ello, su trascendencia. Aquello que trasciende al hombre, que no puede asir, tiene el don de impulsarlo, de mantener vivo el amor al conocimiento, al misterio. Si en vez de pensar que lo invisible simplemente no existe, se piensa que aún no se lo conoce y se va en pos de su descubrimiento, este solo acto nos elevará sobre la rutina y la falta de sentido, tan común en la vida de hoy.

Referencias

- Strauss, L. (1970). *¿Qué es la filosofía política?* Madrid: Guadarrama.
- (2006). *La ciudad y el hombre*. Buenos Aires: Katz.
- (2007a). *Liberalismo antiguo y moderno*. Buenos Aires: Katz.
- (2007b). *El renacimiento del racionalismo político clásico*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (2008). *Estudios de filosofía política platónica*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (2009). *La persecución y el arte de escribir*. Buenos Aires: Amorrortu.